

SIN FALSILLA

AÑO I

Cartagena 1.º de Diciembre de 1907

N.º 18

Paisajes suizos

LA PRIMERA NIEVE

El tren se dividió, cada dos vagones eran arrastrados por una locomotora especial; parecía el cuerpo de un monstruo partido á hachazos.

Comenzó el tren la subida de la pendiente, con lentitud, agarrándose á los dientes de la cremallera; abajo se veía un valle y en él una aldea con su iglesia de torre alta, estrecha y picuda; enfrente, al otro lado del valle, inmensas montañas rocosas cerraban el horizonte; de lo alto de las montañas caía agua á torrentes que, escondiéndose entre los pliegues de las rocas, volvía á aparecer más abajo, dibujando en las montañas encajes de espuma blanca que luego se precipitaban en un arroyo, con figura de torbellino primero, menos después, y que al fin en correcto cauce iba á morir al lago más próximo.

El tren subía; hundíase el valle lentamente. El panorama cambió, y por fin llegamos á Brünig, era la cima del monte y allí almorzamos. Partimos nuevamente; bajamos por el lado opuesto de la montaña; los vagones de dos en dos se sucedían de cien en cien metros; producía un extraño vértigo aquella bajada lenta hacia un sitio invisible con el precipicio á la derecha del tren, el precipicio natural de la montaña misma que bajábamos.

Ya hacia un cuarto de hora que el tren marchaba, cuando fijé mi atención en un nuevo viajero que en Brünig sin duda había montado en mi departamento. No debí esperar á verle leer una novela española para comprender que aquella señora, morena, de facciones claras, de rasgos decididos y ojos inteligentes era una compatriota mía; sin embargo hasta que no ví por el título del libro que la viajera leía en mi idioma no osé decirle:

—Usted perdone señora; ¿es usted española?

—¿Y usted compatriota mío por lo que oigo?—me respondió,

—En efecto soy español, le dije,

—Y yo de Madrid—añadió la viajera cerrando el libro.

